

«MORAL ESPAÑOLA DE LA DEMOCRACIA ACTUAL»

Con el título de «Moral española de la democracia actual (1976-1990)», el profesor y ensayista **José Luis Aranguren** impartió del 6 al 13 de marzo, en la Fundación Juan March, un ciclo de conferencias, dentro de los «Cursos universitarios» de esta institución. Con estas charlas, el profesor Aranguren proseguía sus reflexiones sobre la moral social del siglo XIX, recogidas en su libro de 1966 *Moral y Sociedad*, esta vez referidas a la sociedad española del período que abarca desde la transición de la dictadura a la democracia, en 1976, hasta el momento actual, con todos los cambios y condicionamientos socio-económicos que se han ido produciendo.

Ofrecemos seguidamente un resumen del ciclo.

En estas reflexiones en torno a la moral de la democracia española en un período determinado, desde 1976 hasta el presente año, usaremos no del todo indistintamente los vocablos *moral* y *ética*. El primero procede del latín y el segundo, del griego; y aunque ambos significan «usos, costumbres», puede decirse que el concepto de ética engloba el de «un modo de ser», lo que la palabra *mentalité* significaba para los filósofos franceses de los *Annales*. A través del tiempo se han dando diferentes usos de estas palabras. Moral ha sido de uso corriente en castellano en el lenguaje común. La palabra ética sonaba más rebuscada y erudita y se usaba para referirse a la moral en tanto que siste-



JOSE LUIS L. ARANGUREN es Licenciado en Derecho y Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. En 1955 obtuvo por oposición la cátedra de Ética y Sociología de dicha Universidad, de la que fue separado en 1965 y repuesto en 1976. Profesor Visitante de diversas universidades extranjeras, fue desde 1969 profesor en la Universidad de California en Santa Bárbara, de la que actualmente es Profesor Emérito. Premio Nacional de Literatura, en su modalidad de Ensayo, en 1989, fue introductor en España de diversas corrientes filosóficas contemporáneas, como la filosofía del lenguaje y la filosofía analítica.

filíticamente reflexionada y profesoralmente profesada, es decir, como sinónima de *filosofía moral*. Hoy, sin embargo, la palabra *ética* se ha hecho más usual en el medio político y en el mundo de los medios de comunicación, y ha adquirido un significado de moral pública. *Moral* se emplea hoy más a un nivel individual, aunque se siga

▷ manteniendo un cierto juego ambiguo con ambos vocablos.

Ética de transición, consenso y desencanto

El general Franco no fue nunca derrocado y a la hora de su muerte creyó dejarlo todo «atado y bien atado». Hubo una legitimación de lo anterior por la continuidad en el primer Gobierno postfranquista, el de Arias Navarro. En el otro extremo se alzó una ética de abierta ruptura con lo anterior, sostenida por Comisiones Obreras, el clandestino Partido Comunista, el movimiento universitario, la JOC, los curas jóvenes. Sin embargo, en la transición, prevaleció, frente a la continuidad y frente a la ruptura, el término medio del consenso. Ese período de gobierno de la UCD fue una época de provisionalidad que, como tal, buscó lograr mediante la negociación y el pacto, un consenso de las distintas fuerzas políticas y sociales que se quiso plasmar en la Constitución. Prevaleció, pues, la adaptación y la moderación y así lo reflejó el carrillismo (adaptación a España del eurocomunismo italiano) o la sustitución del Partido Socialista de Toulouse por el de Sevilla. Ese afán de moderación se dio en todos los partidos. La misma Constitución reflejaba esa voluntad de no decir demasiado ni demasiado poco, de no comprometerse, en suma. Fue una Constitución válida desde un punto de vista jurídico; no sé si lo fue tanto desde el punto de vista de la realidad. Alcanzó su plena validez y su afianzamiento a partir del intento fallido de golpe de Estado.

Hay muchos aspectos positivos en esta ética de consenso y

sería deseable que la Europa del Este y Central encuentre fórmulas parecidas y que no acaben por aceptar sin más las lacras de las fórmulas capitalistas del mundo occidental.

Pero la democracia actual tiene también su lado oscuro: la renuncia a los ideales. Nos hemos hecho mucho más realistas, y el realismo político no dista mucho del maquiavelismo. Hemos aceptado muchos condicionamientos. Nuestra democracia ha venido impuesta desde arriba, ha sido una democracia vigilada —y lo sigue siendo—. Quizá ha pasado la época de los Estados nacionales soberanos. Si el mundo se ha venido moviendo hasta ahora regido por la política de bloques, caminamos actualmente hacia una especie de «Pax Americana», semejante a la «Pax Romana» de la Antigüedad. Las Autonomías españolas han sido autonomías otorgadas —la catalana, la vasca—; están sometidas a una burocracia que es del todo ajena al pueblo. También es paradójico que exista una Autonomía de Madrid, cuando sigue subsistiendo el centralismo madrileño. Esto muestra la cara oscura de la transición.

El consenso, con su espíritu ecléctico de pacto o transacción, trajo consigo el desencanto. Pero el desencanto, el acto de desencantar, posee también dos caras. Es el efecto de devolver a alguien a la realidad, de desvanecer el «aura» que rodeaba a lo esperado, la pérdida de la proyectada ilusión, la llamada y vuelta a la realidad desde el sueño. Puede no ser del todo negativo: en la política supuso que los intelectuales que vivían en la ilusión de una realidad mejor, volvieran sus ojos a la realidad existente. Y a veces la llamada a la realidad es triste y

nos dificulta realizar el proyecto de aquella esperanza y gran irrealidad de los años 60 que a mí, por lo menos, tanto me rejuveneció. Fue una apariencia de vida utópica que hoy es ya imposible revivir. Hemos renunciado a lo que éramos. Hemos envejecido mucho en poco tiempo. No sé si el poder político corrompe, pero sí envejece.

Del desencanto a la desmoralización

Vemos cómo el desencanto en el tema que nos ocupa es la desilusión desde lo soñado a la dura e inerte realidad. El mundo no es un paraíso ni un jardín, sino una tierra de cultivo en la que hay mucho que laborar. Pero la esperanza política es indispensable y esa esperanza alumbró, por momentos, a los españoles, como ocurrió tras el fracaso del golpe militar del 23-F y durante la campaña electoral del 82 y la subsiguiente subida del PSOE al poder. La democracia establecida con la transición trajo el ejercicio, burocratizado, con pretensiones tecnológicas, del poder; la ausencia de creatividad política, en el plano internacional, de la Comunidad Europea, sin que se defendieran suficientemente los intereses económicos nacionales; un creciente presidencialismo del Ejecutivo y un creciente corporativismo de los partidos, una rígida disciplina que anula la deseable democracia interna en ellos. Ya ha pasado la época de los partidos de masas. Los nuestros, semejantes a los norteamericanos, apenas tienen militantes.

Por otra parte, la «reconversión» de la industria nacional fue más bien un desmantela-

miento de la misma que condujo a un neocolonialismo económico: tenemos pocas industrias auténticamente españolas. Todo ello hace que el ciudadano medio se sienta desencantado. Si la actitud, en el estado de ánimo de desencanto, era la de que, por prosaicas que parezcan, hay cosas que hacer, ahora lo que se piensa o se siente es que no hay alternativa; no hay, políticamente, nada que hacer. La de la Transición era una moral desilusionada, pero todavía posiblemente eficiente. Ahora estamos en algo más grave aún: en la desmoralización.

En el campo de la filosofía vivimos en una época post-ilustrada, epigonal, de zapateros remendones, en una época de «pensamiento débil». Vivimos tiempos de confusión y de perplejidad intelectual. De un lado, estamos confusos, y de otra, carecemos de fuerza moral y de coraje para hacer algo. Es lo que se ha llamado «el fin de la historia». La inercia y la falta de perspectivas conducen a no hacer nada, a la privatización y al individualismo a ultranza.

Tomemos como sujeto de reflexión a la juventud actual, que nos revela en cierto modo la situación de la sociedad. Hoy la juventud está de moda, mientras que en mi época de joven la juventud no existía como colectivo, no pesaba tanto socialmente. Hoy, en cambio, nos disfrazamos de jóvenes, cultivamos un narcisismo vestimental. Y junto a ese factor, no hay que olvidar el desempleo, la significación que hoy tiene el consumo de las drogas blandas, antes un rito de convivialidad positiva; o de la droga dura, antes un medio de expandir la mente y encontrar el éxtasis, hoy una huida de la realidad que se ha vuelto

▷ esquivas y hostil a los jóvenes. Unamos a todo ello la violencia, el terrorismo juvenil de las tribus violentas (los rebeldes sin causa). Estamos ante un claro ejemplo de desmoralización.

Vivimos en una situación de minimalismo moral. Hay una especie de repliegue desde lo público a lo privado; vida privada, sin embargo, a la vista de todos, porque importa mucho que esa privatización sea visible a los demás.

El hombre no puede vivir sin dar un sentido a la vida; y al vivir en una época de desmoralización, de carencia moral, a ese minimalismo ético corresponde también una maximización de lo estético. La estética imperante es, naturalmente, trivial y narcisista, convencional y nada creativa. Hay una trivialización formal de la existencia. Así hoy se habla mucho de diseño, en cuanto que éste se ha convertido en la presentación o envoltura gráfica, textil o decorativa. No es casualidad que nuestra época sea la época del diseño. Foucault escribió que «después de la muerte de Dios habría venido la muerte del hombre, de su identidad». Como réplica a ello, se busca la identidad en el cuerpo. El cuerpo se ha convertido en la realidad de nuestra cultura. «Yo soy mi cuerpo», decía Merleau-Ponty. Hoy esa expresión se convertiría en «No soy nada más que mi cuerpo». De ahí la obsesión por el cuidado del cuerpo, cuidado fundamentalmente estético (maquillaje, cirugía estética). El cuerpo se ha convertido en una obra de arte por excelencia y en la gran preocupación y realidad de los hombres de nuestra época. Pero si reconocemos que el cuerpo es el vestido más íntimo de nuestra alma, la apariencia, no podemos

dejar de pensar que realmente vivimos en un mundo de vestuario. Cada cual vive inmerso en esa autodecoración y cabe preguntarse si debajo ya no queda nada. En esta estetización de la vida, lo único que nos queda es el escenario, que es nuestra apariencia. Ello nos lleva a una ética del parecer, del escaparate. La apariencia es lo que importa. Nos constituimos en el escaparate de nosotros mismos. Nuestra civilización es una civilización de vestido.

Ética de la imagen, el parecer, el escaparate

Nuestra identidad no se pone en cuestión en nuestra época, sino que consiste en mera apariencia. A la situación de desmoralización en que nos encontramos se une la tendencia a la trivialización y superficialización de la existencia. Se busca compensar la desmoralización por valores trivialmente estéticos. Bajo esa estética narcisista late también una ética: la del aparecer ante los demás, la ética del qué dirán, del cómo nos ven los otros. Esta ética está impulsada por los *mass media*. Nuestra cultura es una cultura de la imagen, del espectáculo. De lo que no se habla en los periódicos, en la radio o en la televisión es como si no existiera. Ese narcisismo, esa colaboración nuestra en el espectáculo hace que la gente se convierta en el espectáculo propio ante los demás. Ahí radica el poder de encantamiento de la imagen, de la publicidad. La ropa —la marca, especialmente— transfigura a las personas.

El nuevo síndrome de la moda es una característica de nues-

tro tiempo, junto al consumismo, tan unido a ella. Se ha pasado de un capitalismo de producción a un capitalismo de consumo. Lo importante del consumismo en nuestra época es que se ha convertido en la vía de la Felicidad. El consumismo insaciable es una forma de vida en la que parece consistir la Felicidad de nuestra época.

Estamos ante una ética de la ostentación: se presume de lo que no se tiene y de lo que se representa, de lo que se busca tener. Lo que importa no es tanto ser como *representar* en el pequeño escaparate de la vida social, en la feria de las vanidades; que se hable, aunque sea bien, de nosotros. Otro factor importante que caracteriza a nuestra época es la función del dinero. El ahorro no es hoy tan importante como lo ha sido en otras épocas. El dinero es el medio de adquirir los productos de consumo. Viene y va, ni siquiera se toca, ya que, además, hoy vivimos con tarjetas de crédito. El crédito se ha convertido hoy en algo fundamental.

El consumismo vela y, a la vez, desvela ese vacío moral que es también material, ya que en realidad no se tiene nada. Hemos caído en una irrealidad, en una especie de vacío en el que todo se consume. Nuestra vida carece de sustancia, todo se nos va en ese encantamiento de la imagen y del consumismo.

¿Saldremos alguna vez de este encantamiento? Algunos sectores creen que en el futuro volveremos a una moral conservadora, pero no religiosa, a modo de un post-materialismo: recuperar la unidad familiar, renunciar a la disipación actual. Esto se está ya dando en Estados Unidos.

Es cierto que estamos asistiendo a un momento de un

posible giro radical de nuestra cultura y, por tanto, de nuestra moral. Hemos pasado de la época de encantamiento (en los 60) a otra de desencantamiento, en la Transición. Después vino la desmoralización y el esfuerzo por sustituir los valores morales por los estéticos de la imagen y el escaparate. Es ésta una ética narcisista pero dictada desde fuera por los demás, marcada por los medios de comunicación.

Los condicionamientos económicos y políticos

La nueva moral europea de la Modernidad fue, en su aspecto económico, inaugurada por el protestantismo, la del *ethos* del trabajo, el ahorro y la reinversión, como expresiones del nuevo «ascetismo ultramundano». Pero España, que sufrió un retraso de siglos en cuanto al ingreso en la modernidad, continuó siendo un país más de «trabajos» que de trabajo, más de «hazañas» y «aventuras» que de ejercicio de virtudes burguesas. Incluso la colonización de América fue realizada de modo completamente diferente por los ingleses y los españoles. Los primeros, de observancia puritana, fueron allá con sus familias en busca de libertad religiosa e impulsados por su moral calvinista, a cultivar aquellas inmensas tierras vírgenes, en tanto que nuestros compatriotas viajaron a *correr fortuna* a la búsqueda del estrecho que les permitiese llegar a Cipango y Catay, los países de las preciosas especias y, más tarde, en la propia América, a Eldorado, Potosí, para *hacer fortuna* de oro y plata.

La Revolución Industrial fue aquí insuficiente y apenas, salvo por los catalanes y, tardíamente,

▷ los vascos, sí se entró en ella. Nuestras minas fueron durante largos decenios explotadas por ingleses, franceses o belgas. Actualmente es verdad que muchas industrias se establecen en España, pero son extranjeras, multinacionales. Y las nacionales que había desaparecen, son «reconvertidas» o absorbidas por las multinacionales. El único capitalismo que se ha dado bien en todo el país ha sido el capitalismo financiero. Actualmente una parte de éste se está convirtiendo en capitalismo de *especulación*. La figura emblemática de los años sesenta era el *hippie*; la de los años ochenta ha sido y sigue siendo por ahora, el *yuppie*. Su versión española es el relativamente joven *ejecutivo*, intermediario directo o indirecto de las grandes multinacionales.

Antes hemos hablado de la ética del escaparate. Pues bien, cabe asimismo hablar del escaparate de la economía. Los personajes cuyos nombres son más popularmente conocidos, aquellos cuya imagen más aparece en la Televisión son precisamente los financieros.

La crisis ideológica del marxismo, primero, y el aburguesamiento del proletariado después; la pérdida de vigencia del socialismo en Occidente y, por último, el derrumbamiento del llamado socialismo real han determinado una sola política posible, que se llama a sí misma de izquierda, pero que gobierna como si fuese de derecha y que ocupa todo el espectro político.

Ya hemos visto cómo la publicidad ha provocado o al menos extendido una ética de la imagen. La imagen *se vende* a través de los *mass media* por las oligarquías políticas o partidos, que funcionan como empresas, cada vez más financiadas

a cargo del Presupuesto Nacional. En tiempos de Joaquín Costa se hablaba de *oligarquía* y *capitalismo*. Hoy, de *oligarquía* y *mass media*, entendiendo por la primera la del partido o los partidos *con* sus listas cerradas, su disciplina interna, su corporatismo y burocratismo.

En cuanto a los condicionamientos internacionales, es claro que el problema de España se inscribe dentro del problema de Europa, siendo el sur de ella.

Con el derrumbamiento del Muro de Berlín y la independencia de Centroeuropa y la Europa del Este de la URSS, parece haberse realizado lo que se ha llamado «el fin de la historia», es decir, la imposición del capitalismo sin fronteras en todo o casi todo el mundo. Pero también cabe la posibilidad, muy incierta, de que esos países del Este encuentren su propia «Tercera vía» política, que podría ser adoptada por otros. Sorprende el papel de primera fila que en algunos países del Este están jugando los intelectuales. Ha surgido una cierta esperanza a escala mundial. El peligro de destrucción nuclear parece haberse alejado. El fin de la historia no se podría concebir a no ser a través de la robotización del ser humano. Vivimos en un momento de depresión histórica en el que aunque no somos ya seres utópicos, tenemos «utopías negativas»: los movimientos ecologistas, pacifistas, feministas... y la consecución de una democracia verdaderamente participativa son las esperanzas que nos quedan para una nueva remodelación. Todos jugamos un papel en la historia. Invito desde aquí al optimismo moral: todos juntos podemos cambiar el rumbo de la historia. •